



ALBERTO CHIMAL



La mujer que camina para atrás y otras historias



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COLECCIÓN VOZ VIVA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Jorge Volpi
Coordinador de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura

Carolina Domínguez
Voz Viva



VV - 140

Primera edición en CD, agosto 2019

DR © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México,
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán. C.P. 04510,
Ciudad de México.

ISBN de la serie 970-32-2744-9

ISBN 978-607-30-2181-4

"Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales."
Impreso y hecho en México.

ALBERTO CHIMAL

La mujer que camina para atrás y otras historias

Presentación
Verónica Murguía



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



Fotografía de Isabel Wagemann.

Alberto Chimal. Nació en Toluca, Estado de México, en 1970. Es escritor y profesor. Entre otros reconocimientos, en 2002 obtuvo el Premio Nacional de Cuento y en 2014 el Premio de Narrativa Colima; en 2013 su novela *La torre y el jardín* (Océano, 2012) fue finalista del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, y en 2019 su libro para niños *La Distante* (El Naranja) recibió el premio internacional de la Fundación Cuatrogotas. Ha escrito novelas como *Los esclavos* (Almadía, 2009) y *La noche en la zona M* (2019), así como una veintena de libros de cuentos, de los que el más reciente es *Manos de lumbre* (Páginas de Espuma, 2018). Mantiene el sitio web www.lashistorias.com.mx y un canal de divulgación en YouTube con su esposa, la escritora Raquel Castro.



Verónica Murguía. Nació en 1960 en la Ciudad de México. En 1990 ganó el Premio Juan de la Cabada con su primer libro. Mantiene una columna en La Jornada Semanal desde 1999. Ha escrito cuatro novelas y un libro de cuentos. Sus libros han sido traducidos al alemán, portugués e italiano; y en el 2013 su novela *Loba* ganó el Premio Gran Angular en España. Ha escrito una docena de libros para niños y traducido otros tantos.



CONTENIDO

PRESENTACIÓN	
MÚSICA PARA INSOMNES	
Verónica Murguía	9
DEL LIBRO <i>LOS ATACANTES</i>	
ARTE	21
DE LA REVISTA <i>FIRESIDE MAGAZINE</i>	
PARASITISMO	41
DEL LIBRO <i>MANDA FUEGO</i>	
LA MUJER QUE CAMINA PARA ATRÁS	45





PRESENTACIÓN
MÚSICA PARA INSOMNES

Aunque esto sea una locura, hay en ello método

Hamlet, acto II, escena II

1

Lacrimoso, ma non troppo

Alberto Chimal es un explorador del cuento. Sus lectores sabemos que también es un excelente novelista y muchas de las virtudes de sus novelas como la importancia de lo que no se explica, los silencios y las sugerencias, parecen resultado de las lecturas que Chimal ha hecho de Borges, Philip K. Dick, Francisco Tario, Raymond Carver y de todos los cuentistas que han indagado las posibilidades filosóficas del género. Chimal se mueve con facilidad en esta forma sucinta, ensayando voces, palabras de otros idiomas, numeraciones, taxonomías, juegos. Quizás no es casualidad que su entrañable personaje, Horacio Kustos, sea precisamente un explorador de lo imposible y lo extraño.



En la sexta parte del cuento “Arte”, con la que Alberto Chimal decidió dar comienzo a esta selección, hay un párrafo que, según yo, devela uno de los peculiares procedimientos de este autor al escribir sus historias: la habilidad con la que mezcla lo cotidiano con lo impensable. El párrafo retrata a dos seres humanos, un hombre y una mujer: anti-Adán y anti-Eva, antípodas exactos que, en la hora final del mundo, avanzan rápidamente hacia su muerte. Uno vuela impulsado por la explosión, la otra cae desde el avión donde viajaba hacia el mar que hierve. Uno es *practicante de un arte antiguo* —poeta—, la otra de un arte naciente —diseñadora de *apps*—; ella cae en el hemisferio sur, él en el norte. Mientras esto sucede, la escritura del narrador esboza lo que ningún ojo humano, ninguna máquina puede registrar completamente: el fin del mundo. La muerte de los millones de seres humanos que lo pueblan, la destrucción de su materia, de los bosques, los ríos, los mares, de todo.

Hay una línea invisible, un rayo de fuerza, una recta imaginaria, perfecta, que atraviesa la Tierra entera; uno de sus extremos toca



a Jauza sobre el mar y el otro a Rafael sobre la tierra. Uno se eleva y la otra cae en la trayectoria que dibuja. Los dos morirán en ella.

Esa línea y las mil rectas, curvas, espirales y parábolas que trazarán las correspondencias, las simetrías y oposiciones en el momento en el que todo se precipita en la nada, esas líneas, digo, son las huellas de la mirada de Chimal, la mirada atenta del inventor y descubridor que construye con paciencia el Apocalipsis para consideración de los lectores. No se demora mucho en la sangre, en el gigantesco matadero en el que se convierte el planeta: sabe que retratar semejante horror es imposible, pero advierte a los lectores que ni las muchas películas apocalípticas que se han puesto de moda alcanzan a esbozar siquiera el espectáculo. En cambio, en el cuento abundan, para anclar la imaginación y ayudarla a imaginar lo inadmisibles, los detalles concretos: los helicópteros de tránsito; las comidas que los sobrecargos se preparan para servir a los pasajeros de un vuelo secuestrado por terroristas; las mochilas de los niños; los dos ejemplares de la *Danza Macabra* que caen o vuelan cerca de los protagonistas. Estamos pues,



en el ámbito de la especulación, inmersos en un sistema de contrarios y semejantes, enumerados para que el lector asimile según lee lo que Chimal mismo parece ir descubriendo. Pero no nos detendremos solamente en la numeralia. Siempre en el trabajo de Chimal, hasta en los momentos más extraños, hay asideros que nos traen a la vida diaria y la dotan de una fuerte carga emotiva.

El cuento comienza con las palabras “Qué dolor que el planeta entero acabe violentamente justo a las siete de la mañana cuando todo el mundo ha despertado y sale a trabajar”. Es decir, Chimal nos lleva también por el territorio de las emociones, aunque en este cuento la compasión encontrará un cauce terso, sereno, distante. “La separación entre los dos últimos seres humanos puede verse como significativa”, declara el autor en tono circunspecto. Entendemos que esta frase sosegada es una sentencia que condena la forma en que hemos vivido: desconectados, aislados. Y que eso es *significativo*.

El escritor contempla con melancolía el fin del mundo y detalla cuidadosamente por qué esta catástrofe es única y es, también, interminable.



“El mundo, pues, termina a todas horas”, nos dice mientras explica que “Cada alegría tiene su tristeza que se le opone, cada triunfo su fracaso, cada vigor su fatiga, cada noche su día”. “Pero hay que repetirlo, ninguno lo sabe”.

Es curioso que un cuento sobre el Apocalipsis se titule como éste “Arte”, y más cuando quien lo escribe es un autor tan deliberado como Alberto Chimal. Chimal no decidió titularlo “Finales”, “Simetrías” o más obviamente “Apocalipsis”. Lo llamó “Arte”, y al cabo del cuento el lector entiende: ¿qué sino el arte puede abrirnos los ojos ante el milagro y la tragedia de la vida cotidiana? ¿Ante los innumerables y rutinarios portentos de la existencia, que ocupan un espacio al lado de la miseria y el horror? Eso es la ficción y su correspondencia, la realidad. El difícil equilibrio de cualquier escritor es ése, transitar la delgada cuerda que separa la imaginación del registro de la vida física, de lo que convenimos todos en llamar, un poco arbitrariamente, *lo verdadero*.

Y ¿qué sino el arte está expuesto así a la mirada tantas veces injusta o distraída de aquellos para quienes fue creado?



2

Andante

Si en el primer cuento Chimal se decidió por una distancia que le permitiera considerar una catástrofe planetaria, en el tercero, “La mujer que camina para atrás”, la voz del narrador es tan cercana que sentimos que nos habla del otro lado de la mesa. Es la voz de un amigo que nos cuenta una experiencia ocurrida en las calles familiares del centro de la Ciudad de México, donde lo macabro puede tener orígenes sobrenaturales o humanos, donde la muerte y la vida se traban en su eterna danza con un brío terrible que viene de siglos.

Este es un cuento de aparecidos que ocurre en un lugar pleno de significados y tragedia, de profecías y asesinatos, palacios y tzompatis; de Lloronas que preguntan por sus hijos y madres de desaparecidos que exigen a la autoridad que los encuentre; donde la pobreza más desgarradora se codea con las joyerías, los turistas y las sedes de gobierno; donde tiemblan con más fuerza la tierra y el ánimo. Y sobre todo esto, sobre este vasto



corazón de jade pringado de grasa, ondea una enorme bandera tricolor. Es allí donde la pareja conformada por el narrador y su esposa Celia se enfrentan al miedo que a todos nos seca la boca: al asalto perpetrado por jóvenes que ya no tienen siquiera un alma que perder, a la amenaza de quedarse sin empleo, a la visión del cuerpo tirado en la calle, rodeado de policías y curiosos; el miedo a que tiemble, el miedo, en fin, de ser mexicano en este momento de nuestra historia.

El matrimonio, sometido a las exigencias del empleador de Celia, debe pasar la noche en vela: ella trabajando, él en la calle, buscando dónde guarecerse en la noche que ya se ha cerrado sobre ellos. Durante la cena Celia ha contado a su marido un encuentro de infancia ocurrido en la calle de Brasil, con una anciana sobrenatural, descrita como la encarnación misma de la pobreza. La aparecida no tiene colmillos, ni garras, ni alas. Es la miseria, con su suciedad, su ira infernal, sus harapos dolientes. Celia, la joven esposa, interpretó las palabras de la aparición como una profecía.

El narrador se interna en las calles y tiene él mismo, pero en la esquina de Isabel y Madero, su propio encuentro con el espectro. Ahí, donde se



cruzan la voz de Celia y la experiencia del narrador, la puntuación adquiere un compás de redoble que luego se abre para dar paso a párrafos largos, llenos de detalles memorables: el extraño silencio, el pelo, las piernas, la ropa del monstruo. También son descritos los olores, echando mano de comparaciones precisas, recuerdos, un torrente de experiencia frente al abismo. Y la voz indescriptible que afirma la vida, aunque sea la ajena.

Aquí está la experiencia del asombro en contrapunto con lo ultraterreno en un país que, nos parece, siempre ha estado empapado por el licor negro de una violencia tan potente que parece mentira. El pasmo ante el dolor de la pobreza que no debe existir, pero existe.

Y, finalmente, el amor de la joven pareja frente a las vicisitudes de la noche mexicana, su fragilidad e inteligencia, que son también su fuerza. Están vivos.

3

Allegro

¿Dónde están las sirenas? ¿Dónde sus cantos, las rocas desde las que hechizaban a los marinos, las playas sembradas de huesos que se blanqueaban al sol? ¿Dónde nadan las sirenas medievales que se miraban al espejo mientras se desenredaban el pelo?

Dice Alberto Chimal que desde el siglo XVIII comenzó su expulsión del ámbito natural y que, acorraladas, sólo les quedan los sueños. Por eso dejaron historias halagüeñas que las pintan como seres inocentes y viven en lo más recóndito de nuestros cuerpos. En nuestros sueños.

Pero ¿qué puede ser más humano, más general y más invulnerable, que el lugar que las sirenas escogieron para vivir su eterno exilio?

En “Parasitismo”, el segundo cuento, Alberto Chimal nos explica cuál ha sido el destino de las criaturas que antes poblaban el mundo y que ahora sólo habitan en nuestras mentes, alimentándose de nuestros saberes y recuerdos. Es la historia de Alejandra Benítez, originaria del pueblo de



Morosa, ingeniera egresada de un Politécnico y que ha olvidado todos, sus conocimientos —adquiridos a lo largo de arduos cinco años y a un alto precio— pues fue invadida por nada menos que 4,703 sirenas distintas. Éstas se ha adueñado de su mente y poco a poco de sus sentidos. La ingeniera las ve en sueños y cuando está despierta; han ensanchado los conductos que comunican a su inconsciente con la vigilia y ahora Alejandra Benítez las mira todo el tiempo flotando frente a ella.

Sirenas, espectros, finales de mundo. Todo esto, contado con aplomo, sin frialdad, con destreza y, en el cuento final, con una sonrisa. Y es, apenas, una muestra de lo que la imaginación de Alberto Chimal puede desplegar en las páginas o en la voz.

Cuidado con sus efectos. Son parecidos a los que causan las sirenas.

Verónica Murguía
Ciudad de México, junio de 2019





DEL LIBRO *LOS ATACANTES*

ARTE

Qué dolor que el planeta entero acabe violentamente justo a las siete de la mañana cuando todo el mundo se ha despertado y sale a trabajar. Qué lástima que las noticias apenas logren hablar de la inquietud anunciada mundialmente por expertos y autoridades y casi nadie en la calle les haga caso y nadie entienda nada. Qué triste oír el primer temblor y ver las grietas más y más grandes y las lenguas de fuego que salen de bajo el asfalto en los paradores de autobús. Qué doloroso caer hacia la muerte en la primera oleada entre los trozos de suelo roto y los peatones y los pasajeros y los vehículos con sus conductores y los puestos de revistas y comida barata y películas piratas y los policías y los ladrones. Qué terrible no ver siquiera la belleza (terrible) que se contempla desde los helicópteros de tráfico y de policía y de los empresarios que iban a sacar adelante al país entero y también desde los aviones de pasajeros o de militares o de narcotraficantes cuando las llamas se elevan centenares de metros en pocos segundos y los



alcanzan y los devoran y por un instante se vislumbran bajo ellas los ríos recién nacidos de lava y roca fundida que ya se han comido a tanta gente pequeña y que son mucho más grandes y profundos de lo que nadie llega a imaginar pues se ensanchan y se ensanchan y se ensanchan incluso después de haber quemado a casi todos y haber derribado a los edificios grandes y pequeños y haber borrado a la ciudad entera, nivelado los montes, evaporado el agua y hecho polvo casas y palacios. Y qué tragedia en fin que los dos que aún no mueren y esperan morir aquí en la ciudad reventada y allá, sobre el mar que hierve y se parte en dos, en esos dos puntos opuestos que la destrucción no ha tocado todavía...

* * *

Pero antes de seguir, conviene aclarar varias cosas:

1. El último hombre en morir será Rafael, poeta de 23 años de la ciudad de Toluca, Estado de México, México. Él estaba en esa ciudad,



caminando hacia su trabajo como mesero en un restaurante, cuando la ciudad explotó bajo sus pies. De modo improbableísimo, el estallido no lo mató de inmediato sino que simplemente lo propulsó hacia arriba, a gran velocidad. A cientos de metros de altura, Rafael está abrazado a un poste de luz, arrancado como él del suelo, que sube también y que le da la impresión de tener un asidero firme. Y aunque son, al menos aquí, las siete de la mañana, y el día empezaba, y los niños iban a la escuela, y todo parecía la misma rutina de siempre, y no había modo visible de escapar jamás de esa historia repetida y mísera, precisamente por todo esto ¿cómo iba a pensar él que el mundo estaba a punto de irse entero al carajo?

2. Por su parte, la última mujer en morir será Jauza, una diseñadora de *apps* de 31 años proveniente de la ciudad de Ambon, en el archipiélago de las Molucas, Indonesia, y hasta hace poco en vuelo de su país a la India. El avión, desviado enormemente de su ruta por terroristas, explotó en el aire y ella, milagrosamente, no ha muerto por la descompresión ni por el frío y cae, aparentemente despacio, hacia el Océano Índico; haber



estado desatada de su asiento, y por lo tanto no estar cayendo con él ahora sino sola, paracaidista sin paracaídas, le da la sensación engañosa de estar simplemente volando, reforzada por el hecho de que para ella, al otro lado del mundo, son las siete de la tarde y no las siete de la mañana. El miedo tarda varias décimas de segundo en manifestarse: las que Jauza tarda en ver el cataclismo de fuego que se abre paso a través del agua, llamas y vapor ardiente desde el fondo invisible del abismo.

¿Cómo va una a imaginar que el mundo termine a las siete de la tarde, mientras todo se dispone a descansar, mientras brilla el último sol sobre el agua y (pese a todo, todo lo demás) hay esperanza, pues las sobrecargos acababan de recibir permiso de llevar a los rehenes su merienda?

3. Estos dos *son* realmente los últimos seres humanos. Las malas películas apocalípticas, de las que hubo muchas en los últimos tiempos de este mundo, solían omitir los cuerpos destrozados, la agonía, la sangre: todo lo que aún puede verse aquí y allá por todo el planeta y que no perdona a nadie. Ancianas con el vientre abierto en canal por un



trozo de automóvil, bebés decapitados por fragmentos de vidrio volando a cientos de kilómetros por hora, etcétera. Debe decirse que el destino de todos –de los siete mil trescientos cuarenta y dos millones, novecientos ochenta y dos mil ciento dos habitantes del planeta– ha sido ya, en este instante, ahora, un horror semejante..., con sólo esas dos excepciones. Solamente Jauza y Rafael no han tenido aún su final espantoso y velocísimo, y aunque de hecho tampoco han visto en detalle el final de nadie, y de momento (ahora sí los dos, también Jauza) simplemente están aterrorizados más allá de toda razón y reflexión, tendrán más tiempo que nadie en la historia humana para aquilatar la proximidad de su propia extinción, así como la de todas las cosas, y por tanto terminarán sus vidas con ese sufrimiento adicional: sabrán perfectamente que va a sucederles lo que va a sucederles.

4. La separación entre los dos últimos seres humanos puede verse como significativa.





5. ¿Por qué puede verse como significativa la separación de Rafael y Jauza, anti-Adán y anti-Eva, encargados (en sentido figurado, claro) de cerrar la puerta y apagar la luz? Primero porque decir que el fin del mundo es a la siete de la mañana, como se dijo, o a las siete de la tarde, como se dijo después, es omitir que el mundo también se acaba, en otro huso horario, a las seis, o bien a las dieciocho. Y en otro, a las nueve, o bien a las veintiuna. Y en otro más a las tres o las quince, o a las once o las veintitrés, y así sucesivamente en virtud de la redondez de la tierra y su girar, sobre su propio eje, en lo profundo del espacio frío y hostil. El mundo, pues, se termina a todas horas.

6. Y segundo: si bien el fin del mundo es en realidad a todas horas, sí tiene un eje, distinto del de la rotación de la Tierra; y este eje es la línea que se puede trazar de la mujer al hombre, de la habitante de Ambon la Hermosa al de Toluca la Bella, de México al Índico, de siete de la mañana a siete de la noche, de uno a otro, en fin, de esos puntos en el globo que de hecho son antípodas exactas. Si viviera alguien más (y si hubiera aún tierra firme ciudades infraestructura electricidad internet) lo podría comprobar



en un mapa o en un sitio web de los que ofrecen herramientas para hallar, justamente, el antípoda de cualquier sitio en el globo.

Hay una línea invisible, un rayo de fuerza, una recta imaginaria, perfecta, que atraviesa la Tierra entera; uno de sus extremos toca a Jauza sobre el mar y el otro a Rafael sobre la tierra. Uno se eleva y la otra cae en la trayectoria que dibuja. Los dos morirán en ella.

7. Y ellos mismos son antípodas (también se podría usar el término *periecos*), opuestos y complementarios en el espacio físico pero también en muchos otros: no sólo hombre y mujer sino practicantes de artes muy distintos, uno muy nuevo y otro muy antiguo; una en el hemisferio sur y otro en el norte.

Además, a Jauza le iba bien en su profesión mientras que Rafael trabajaba de mesero porque, al menos en su país y su tiempo, de la poesía realmente no se puede vivir.

Además, Jauza acababa de romper con Abdurrahman, su novio de un par de años, el hombre con el que más feliz había sido y con el que



más había disfrutado la vida, sencillamente, en público y en privado. Rompió por una diferencia de opiniones religiosas: unas palabras duras, denigrantes, que ahora Jauza recuerda fugazmente y que jamás hubiera creído escuchar. Y Rafael, en cambio, acababa de conocer a Tatiana, atea convencida como él, y había tenido un serio altercado con ella en un bar, y los dos, borrachos, se habían dicho cosas terribles, y sin embargo después, en un momento de distracción o de cansancio, comenzaron a besarse. Y ahora –en este momento de la destrucción– Rafael piensa fugazmente en su cara, en el tacto de sus labios.

8. (Además, no se debe olvidar que esta historia podría haber comenzado así:

Qué dolor que el planeta entero acabe violentamente justo a las siete de la tarde cuando todo el mundo empieza a pensar que saldrán con bien de ésta. Qué pena que las noticias de inquietud en el resto del mundo no lleguen a la cabina de pasajeros y que de llegar no hallarían a nadie que les hiciera caso ni que entendiera nada. Qué triste oír en cambio el crujir del fuselaje y luego sentir la primera

agitación del aire y de los estallidos afuera y de pronto el gran estallido adentro. Qué doloroso caer hacia la muerte todos juntos y todos separados a la vez entre los trozos de fuselaje roto y alas inservibles y los pasajeros y la tripulación y los secuestradores y maletas y revistas y objetos diversos y motores aún en marcha. Qué terrible no ver siquiera la belleza (terrible) que se contempla desde lo alto porque ya se está muerto o porque se gira a gran velocidad y el pánico impide apreciar cómo el mar sobre el que brilla la luz del último sol no es un plano de apariencia perfecta sino una agitación y un rugir como nunca se han visto y aun a esta altura se le ve quebrarse en olas gigantes y enfrentadas por corrientes que no deberían existir porque se mueven en todas direcciones a la vez y también desde abajo y con ellas salen a la superficie restos y rocas y criaturas sumergidas desde cardúmenes enteros de peces menores hasta ballenas y monstruos de lo más profundo y cualquier barco que pudiera estar en ese caos ya está hecho pedazos porque bajo ellos el fondo del mar se agita también como el aire y aunque no se vean ya deja escapar gases hirvientes y torrentes de lava. Y qué tragedia en fin que los dos que aún no mueren y esperan morir aquí y allá, sobre el mar que hierve y se parte en dos, en esos dos puntos opuestos que la destrucción no ha tocado todavía...)



9. Además, los dos, Rafael y Jauza, se sienten en general frustrados con sus vidas. Aunque quién no. Hace pocos segundos, las personas verdaderamente prósperas y satisfechas del mundo tuvieron o un final velocísimo, fulminante, que las destruyó sin que se dieran cuenta, o bien tuvieron justo el tiempo suficiente antes de morir para darse cuenta de que toda su belleza, su salud, su poder y su dinero no valían realmente nada, como decían los europeos de la Edad Media en las épocas de peste para consolarse de vivir mísera y morir horriblemente.

(En el aire sobre el Índico cae una maleta en cuyo interior hay un ejemplar de un libro sobre la *Danza Macabra* francesa, aquella gran representante de su género: una reproducción de los frescos del siglo XV del cementerio de la Iglesia de los Santos Inocentes de París sobre la muerte que todo lo iguala, acompañada por los textos correspondientes a cada muerte, quién sabe si traducidos o no en este caso, pero exactamente igual –el ejemplar– al que en Toluca estaba leyendo una persona a la que Rafael no miró en realidad al pasar a su lado, hace minutos. Ahora, hecha pedazos la persona por las explosiones, el libro asciende solo, todavía





intacto, tan inalcanzable y desconocido para Rafael como el suyo para Jauza.)

10. Y podemos seguir.

Mamá dice ahora Rafael en voz alta –han pasado un segundo o dos desde los labios de Tatiana– en el mismo instante en que Jauza, al otro lado del mundo, dice: *Papá*, en su idioma, por supuesto, tras el último pensamiento que dedicará a las palabras de Abdurrahman.

Luego ella agrega en su caída, también en indonesio: *Papá, hice todo lo que me pediste*, mientras Rafael agrega, en su ascenso: *Mamá, no hice nada de lo que querías...*

11. Y así sucesivamente: si nos quedamos observándolos todavía más tiempo, atentos a más detalles, veremos más reflejos involuntarios, imposibles de saber ni de acordar para ninguno de los dos. De hecho, si además de verlos ahora miramos a su alrededor encontraríamos más correspondencias entre sus entornos (no sólo los ejemplares de la *Danza Macabra*: la biografía de esas



dos niñas, las balas en esas dos armas) y si miráramos no el presente sino el pasado, el tiempo vivido por los dos cada uno en su país y sus circunstancias, notaríamos que todos y cada uno de los hechos de sus vidas tienen también esa misma simetría o correspondencia. Cada alegría tiene su tristeza que se le opone, cada triunfo su fracaso, cada vigor su fatiga, cada noche su día.

12. Pero hay que repetirlo: ninguno lo sabe.

13. Y ahora, cuando ha pasado un poco más de tiempo, han sollozado del mismo modo veloz y sentido el mismo terror y entendido las mismas cosas; cuando ambos han llegado a convencerse de que están totalmente solos, de que no hay nada en su futuro salvo la última parte del horror, porque ahora los dos entrevén las convulsiones de la tierra misma bajo ellos con mayor claridad que nunca antes y comprenden que esto que pasa es realmente el fin de todo, en todas partes, el cataclismo del que creían saber todo por el cine y la televisión pero que ninguno de los dos creía realmente llegar a ver; ahora que las llamas desde la ciudad devastada ascienden para



alcanzar y quemar y destruir del todo el cuerpo del hombre antes de que deje de subir; ahora que las aguas se han abierto de veras bajo Jauza, y es que una grieta en el fondo del mar se las está tragando, y al mismo tiempo otras grietas se abren y empiezan a dejar de escapar nubes y chorros de materia ardiente que también quemarán y destruirán del todo el cuerpo de la mujer que cae hacia ellos; ahora que tal vez ninguno de los dos consiga siquiera terminar lo que está diciendo ya para nadie, para él mismo o ella misma, para el escasísimo futuro y el pasado que se vuelve nada...

Ahora, en este momento, *aquí*, el planeta explota: una detonación más allá de todo estruendo, que convierte toda la materia de la Tierra en plasma ardiente y la expulsa hacia afuera y la dispersa por el espacio, sin que quede nada, sin que haya ninguna huella ni evidencia del mundo que estuvo antes aquí, todo perdido y todo borrado, limpiamente, para siempre.

14. La tristeza de todo esto no es el fin en sí mismo sino la constatación de que ni Rafael, ni Jauza, ni ningún otro de los muertos, vieron al final estas simetrías.





Ni vieron tampoco cómo (de hecho) las historias de todos, no sólo las de los últimos dos, se correspondían y se entrecruzaban, se balanceaban en el presente y a medida que se internaban en el pasado, todas conspirando para llevar hasta los últimos momentos sus patrones y sus correspondencias.

No podrían haberlo visto porque para ello se hubiera requerido que tuvieran una visión sobrenatural, más allá de toda percepción humana del tiempo y del espacio, y además una capaz de percibir no sólo todo el espacio ni todo el tiempo sino también el *tono*, tristísimo, trágico, de cada instante y causa y efecto. Solamente el creador del mundo y sus iguales pueden percibir tales cosas; solamente ellos pueden apreciar el mérito de semejante orbe doloroso y amargo en tantas dimensiones, y solamente ellos, además, pueden apreciar cómo incluso la tristeza de no poder ver estos designios, de una especie y un mundo que murieron sin entender nada, es también parte de la obra y de su efecto preciso, deliberado, para el paladar de aquellas criaturas enormes que ahora se empiezan a alejar de la explosión final y a comentarla, exactamente del mismo modo en que se comentaban las películas cuando había gente, y cines, y aquella iba a éstos.

* * *

Y ahora sí podemos terminar:

Qué tragedia (decíamos) que los dos que aún no mueren y esperan morir aquí y allá en esos dos puntos a los que no ha tocado la destrucción no vean nada de esto.

Qué tragedia en fin que los dos últimos en morir y los únicos que al menos empezaron a ver la explosión definitiva de todo no estaban hechos para entender que el mundo entero era una obra o mecanismo capaz de crear la belleza de su ignorancia y de su miedo y de su sinsentido que ahora se expanden y se enfrían convertidos en restos informes y sin huella de otro dolor que el dolor de ya no ser nada ni a las siete ni a las otras siete ni nunca.

—No le encontré el mensaje —se queja un espectador, en otro lugar.

—No me parece que diga nada relevante sobre la actualidad —agrega otro.

—Estas cosas son para que te diviertas y descanse la mente —dice un tercero, según él para defender la obra, que ninguno recordará mañana.





DE LA REVISTA *FIRESIDE MAGAZINE*
PARASITISMO

a Julia Rios

Una niña escucha, extasiada, cuentos de sirenas. Por sí misma, esta es una imagen encantadora. Madres y padres gozan con la felicidad de sus pequeños cuando les hablan de esos “seres dulces, bondadosos, de melenas verdes y colas brillantes”. Si vas al mar, les dicen, Tal vez llegues a verlas. Y no hay maldad en esto. Los adultos sólo quieren preservar la inocencia infantil, y se convencen de poder lograrlo con sus narraciones.

Pero así es como la verdad sobre las sirenas se ha ido olvidando, y hoy la saben y la conservan muy pocas personas.

La culpa es de las propias sirenas. En el siglo XVIII, cuando las entidades mágicas se retiraron casi por completo del mundo material, las sirenas se ocuparon en dejar leyendas inocuas, relatos halagadores sobre



ellas mismas, creados para engañar a los incautos y en los que sólo se habla de su belleza. Con el tiempo, la ficción se impuso sobre los testimonios directos, cada vez más escasos.

Entretanto, las sirenas eligieron habitar el espacio de los sueños. En ese entorno infinito, que la conciencia humana apenas puede vislumbrar, nadan como en el océano primordial, antes del surgimiento de la vida, cuando en efecto no había nada más que sueños..., y no las alcanzan los peligros ni de las meras banalidades o accidentes de nuestro mundo en descomposición. Los peces abisales no las amenazan desde abajo, las gaviotas no defecan en ellas cuando salen a la superficie, los barcos no les huyen ni tampoco –de estar gobernados por marinos lujuriosos o sanguinarios– van a su encuentro a toda máquina. No se atoran en redes ni desechos flotantes, no se ahogan en manchas de petróleo.

Lo único que falta en ese refugio es, desde luego, alimento, que no puede extraerse de la materia luminal de los sueños. Sin embargo, las sirenas se han mantenido con vida de la misma forma que otras criaturas exiliadas: si una mente humana sueña con ellas con la claridad suficiente,



los estrechos conductos que llevan del sueño a esa mente se ensanchan. Entonces las sirenas pueden pasar a la conciencia desprevenida e invadirla.

Quedan pocos especialistas capaces de tratar estas infestaciones, y quienes las padecen pueden tardar hasta varios años en notar que están siendo atacados. Un caso típico: en 2004, luego de crecientes problemas laborales, la ingeniera Alejandra Benítez, de la ciudad de Morosa, se hizo examinar, y resultó que su psique albergaba 4,703 sirenas distintas: hacían sus nidos en miedos y aspiraciones, salían a jugar en pulsiones y fantasías, y se alimentaban, voraces, de los conocimientos profesionales que la ingeniera había acumulado, a muy alto precio, a lo largo de cinco años de estudios en un Instituto Politécnico.

Fue imposible proteger su mente, que las sirenas habían desgastado hasta el punto de que podían entrar y salir de ella incluso cuando estaba despierta. Ya incapacitada para realizar su trabajo en una empresa de *software*, Benítez se volvió incapaz de comprenderlo siquiera y debió buscar otro empleo, no calificado (atendió por algún tiempo una caseta de cuota en una autopista; se le reportó feliz y tranquila). Peor aún, cuando las



sirenas acabaron del todo con su educación profesional, pasaron a comerse otras porciones de su memoria.

Hoy, recluida en un hospital, esta víctima de las fuerzas numinosas ha perdido casi todos sus recuerdos: cree ser una niña, pequeña e inocente, y está siempre fascinada por las sirenitas, de melenitas verdes y colitas brillantes, que ya se le aparecen incluso cuando tiene los ojos abiertos, flotando en el aire.

◆

DEL LIBRO *MANDA FUEGO*
LA MUJER QUE CAMINA PARA ATRÁS

Iban a dar las diez de la noche. Fui por Celia, mi esposa, a su trabajo, en un edificio del centro de la ciudad. Ya había pasado mucho tiempo desde su hora reglamentaria de salida. Cuando estábamos a punto de dejar el edificio, una de sus compañeras de trabajo corrió a alcanzarnos: el jefe decía que acababan de llegar aún más pendientes atrasados y era necesario que se quedara. Celia subió de nuevo: a decirles que se iba, me dijo. Pasaron varios minutos y, cuando volvió a bajar, Celia me avisó que sólo le habían dado una hora para merendar y por lo tanto deberíamos hacerlo en algún sitio cercano.

Sentí rabia. Apreté los dientes pero no dije nada.

—Estas cosas sólo pasan en México —se quejó ella, como es la costumbre.

Fuimos al café La Blanca, un sitio viejo y sin pretensiones como muchos otros de la zona. Nos sentamos a una mesa cualquiera entre oficinistas,

empleados de tienda, paseantes de ropa cómoda y barata que no buscaban sino un café con leche y una pieza de pan. Llamamos a una mesera y pedimos lo que todos ellos.

De niña, Celia había ido muchas veces a aquel lugar en compañía de su madre. Hoy, en la mesa junto a la nuestra un hombre leía *La Prensa* y nos dejaba ver las fotos de asesinados de la primera plana. Un par de televisores encendidos, puestos en alto sobre bases fijas a la pared, mostraba el noticiero de la noche, en el que alguien hablaba con optimismo de las muertes debidas a la lucha contra el narcotráfico. “Han habido treinta mil ejecutados en los últimos cuatro años”, decía, “pero pues en los siguientes dos esperamos menos”. La gente, más que las pantallas, miraba la calle: las luces en el interior del café, que tenía piso y techo y paredes blancos, salían por sus grandes ventanales e iluminaban un poco las aceras.

—Oye —dijo Celia—, ¿te puedo contar algo? ¿Aquella historia que siempre digo que te voy a contar?

Elegimos pan dulce de la bandeja que trajo la mesera. Yo comenté, como también es la costumbre en estos días, que los noticieros no hablan



de la mitad de la violencia que ocurre realmente. Mi esposa no me hizo caso y comenzó su historia. Era, me dijo, justamente de cuando iba al café, de su infancia:

—A veces me mandaban a comprar cosas ya de noche. Iba yo sola por pan, o si no a una cremería que no estaba tan cerca de la casa...

—¿Cuando estaban en la calle de Perú?

—Sí.

La familia entera de Celia vivía entonces en el centro. Hasta su muerte, la abuela había mantenido unidos y bajo el mismo techo a sus seis hijos, las parejas de todos ellos y la primera generación de nietos; después todos se habían peleado con todos y habían terminado dispersos. La casa era ahora una sede de Alcohólicos Anónimos, con salas de reunión y un anexo en el que siempre había al menos diez o doce adictos, a los que se buscaba curar con golpes, baños de agua helada y plegarias.

—Una noche salí un poco más tarde que de costumbre —me contó Celia—. Las calles estaban casi vacías cuando fui y cuando regresé. Sí daba un poquito de miedo...



Yo seguía disgustado por la prisa con la que debíamos terminar y porque, después de acompañarla de vuelta a su oficina, tendría que esperar quién sabe cuánto tiempo en quién sabe dónde. Pero traté de concentrarme en lo que Celia decía y en el sabor del café, que era dulce y cargado a la vez. En todo caso no tenía alternativa: no iba a dejarla sola ni a quedarme lejos de ella. Apenas la noche anterior nos habían asaltado cerca de casa, nos habían quitado dinero, tarjetas, las llaves del coche y hasta las chamarras que llevábamos puestas, y habíamos pasado todavía una hora más en el mismo sitio, sentados en la acera, incapaces de decidirnos entre volver a casa (hasta donde alguien podría seguirnos) o buscar ayuda en otra parte (a riesgo de volver a encontrarnos con los dos ladrones, que eran muy jóvenes y flacos, y tenían armas que nos habían parecido enormes).

—Desde luego —me dijo Celia—, daba miedo porque la calle estaba oscura.

Lo que me estaba contando le había ocurrido, me dijo, poco antes del terremoto de 1985, en el que tantos edificios se habían derrumbado en el



centro y por todo el resto de la ciudad y en el que también habían muerto, tal vez, decenas de miles.

—Y porque una de chica se asusta con estas cosas...

Deseé que la historia no fuera de algún suceso terrible como el que nos había sucedido apenas: un trauma del que se decidía a hablarme justamente en esa noche pésima. De inmediato me sentí culpable. Pensé en el miedo que había tenido ante los ladrones: en que no había hecho nada para defendernos. Y pensé también que el terremoto siempre me ha parecido algo espantoso: yo también era niño entonces y recuerdo que vi caer, desde lejos, un edificio del barrio de Tlatelolco, que se doblaba como si estuviera hecho de cartón; recuerdo las sirenas, las montañas de escombros...

—Daba miedo pero ahí iba yo —dijo Celia.

Por otra parte, no sólo a mí me había quedado una marca. En los años siguientes vi cómo las historias del tiempo del terremoto empezaban a agregarse a las otras: a las leyendas antiguas de la ciudad, llenas de aparecidos y diablos y que yo había alcanzado a escuchar aún de mucha



gente mayor. Empezó a hablarse más, de hecho, de la gente muerta de pronto o perdida en el caos, amnésica o loca de terror; de los sonidos que hacían los sepultados bajo las ruinas, vivos pero inalcanzables; del olor de los cadáveres bajo los escombros que nunca se retiraron de una escuela de enfermería, de la pared que aplastó a dos compañeras de la propia Celia en el Colegio de las Vizcaínas...

De ahí sólo había un paso a nuestra fascinación con los muertos de hoy, las balaceras, las noticias de lugares en los que el gobierno ya no rige. Desde entonces aprendimos a no creer en fantasmas, o tal vez a tener más miedo aún de la vida real.

—Tenía que comprar un litro de leche y un kilo de queso. Y pasando junto a la iglesia de Santo Domingo, la vi. Estaba paradita en la esquina. Se veía así —y Celia se estiró, aunque estaba sentada, para dar la impresión de que se ponía en posición de firmes.

Ahora sentí alivio: con esa imagen vaga de quienquiera que fuese que Celia hubiera visto allí, ante la vieja iglesia en la calle de Brasil, me di cuenta de que aquella era, pese a todo, una simple historia de susto. Siempre las

hacemos al modo de las películas de horror porque de allí las aprendemos: siempre los personajes que aparecen de pronto en alguna posición rara, o muy tensa, o como aturridos, resultan luego aliados de alguna fuerza maléfica, hipnotizados, poseídos...

—Primero no pensé nada raro —dijo Celia—: simplemente era una viejita que estaba ahí, esperando a cruzar la calle..., y entonces me di cuenta de que no había coches por ningún lado.

—¿Cómo?

—No había razón para que no cruzara la calle. De pronto no había nadie a la vista. Como si todo el mundo se hubiera ido o como si no hubieran sido las nueve y pico sino las tres o las cuatro de la mañana. Y en cambio yo sí tenía que pasar a su lado... Ya estaba yo inquieta. Pero me acerqué. ¿Qué más podía hacer?

Algo parecido habíamos sentido, pensé, el día anterior, a la hora de cruzarnos con los dos que nos habían asaltado, y que estaban en una esquina, como esperando cruzar la calle o subir a algún transporte. No dije nada.



—Ella —dijo Celia— llevaba pura ropa vieja, me acuerdo. Un suéter raído, blanco pero tan sucio que parecía negro; una falda azul, floreada, que le llegaba hasta los tobillos pero tenía tantos agujeros que las piernas se le veían enteras, así pensé. Las piernas sucias y creo que con heridas... o várices... Los zapatos eran de plástico, de estos que se deforman en cuanto te los pones, y negros. Además tenía el pelo blanco —y levantó las manos hasta la altura de su cabeza y las separó— así, como una nube... Y cuando estuve junto a ella me le quedé viendo porque seguía sin moverse. Como si yo no estuviera ahí.

* * *

Poco después de que Celia terminara su historia, pagamos la cuenta, salimos y la acompañé hasta su oficina. En la entrada del edificio tuvimos una discusión: le propuse buscar un cuarto de hotel para que pasáramos la noche cerca y ella se negó. No teníamos dinero, me dijo, y además no quería quedarse en ese rumbo. Por ningún motivo, dijo. Yo cometí la





tontería de decirle que se calmara: que no se dejara llevar por la historia que me había contado, que no era para tanto. Ella dio media vuelta y entró sin despedirse.

Yo no quise seguirla. Me alejé, caminando, por la calle de Donceles. Llegué hasta Palma. Hacía frío, apenas había gente y coches en la calle y todos los comercios estaban cerrados.

A pesar de lo que yo mismo había dicho, no podía dejar de pensar en la historia que Celia me había contado, y sobre todo en el final:

—Y entonces que la mujer se voltea —me había dicho ella.

En la calle de Palma di vuelta, pero me detuve al ver que un coche de policía estaba detenido sobre la acera con las luces encendidas. Dos agentes vestidos de civil, con placas colgadas de sus cinturones, alejaban a unos pocos curiosos. Alguien más tendía un cordón para que nadie se acercara al cuerpo tirado en la calle. No vi sangre pero, de todas formas, supe: no era el primer muerto que veía, aunque sí el primero en una calle, el primero tirado en esa posición.

—Que la mujer se voltea y que pone una cara... —me había dicho Celia.



Pensé que esa persona había estado viva tal vez mientras Celia y yo caminábamos cerca, discutíamos, nos separábamos. Me alejé del cuerpo y de los policías. Avancé hasta Tacuba, di vuelta al llegar y seguí por esa calle hasta Isabel la Católica, donde di vuelta una vez más hacia Madero. Empecé a escuchar, muy distante, la música de lugares animados y todavía abiertos: bares, antros, taquerías...

—Te juro —me había dicho Celia— que es la cara más horrible que he visto en la vida. Los ojos rojos, los dientes podridos, negros, la boca torcida, la nariz como rota...

Como algunos otros transeúntes, crucé la calle para no pasar cerca del hombre que duerme en una silla de ruedas, cubierto por una lona amarilla, afuera de la iglesia de San Agustín. Lleva años allí, siempre en el mismo sitio, siempre con un bote de plástico a sus pies para limosnas. Siempre lo evito. Debe tener a alguien que lo mantenga porque nunca he visto a nadie darle ni una sola moneda.

—No, no nada más rota —me había dicho Celia, con cara de horror—, es decir la nariz..., sino abierta, como reventada... Y entonces se me quedó viendo y me gritó...



Y había juntado las manos como debe haberlas juntado de niña, como para rezar, temblorosa.

Y entonces yo, ahí, en la esquina de Isabel y Madero, me la encontré de frente.

De pie.

Firme.

Vieja, muy vieja, con la vista fija en ningún lugar como si yo no estuviera allí.

Ahora pienso que no había nadie alrededor: que de pronto la ciudad parecía abandonada, como si se hubiera dado una orden de evacuación y todos la hubieran obedecido. Ya no se oía ninguna música. Ya no había nadie cerca. Ni siquiera se veía al hombre de la lona amarilla. Sólo quedaban las luces encendidas, las cortinas de metal que cerraban los locales y las fachadas de los edificios.

Sólo quedaba la mujer. Su suéter era aún más negro de lo que había imaginado. Sus piernas se veían retorcidas y sucias. Una luz justo detrás de la cabeza hacía que su cabello brillara. Parecía una nube con un rayo adentro.



Y olía... Esto Celia no lo había dicho: olía a carne podrida, a cloaca. Olía a más aún. De niño viví detrás de una fábrica de telas que arrojaba al aire no sé qué cosa, invisible, que se pegaba al paladar y a la garganta y tenía un aroma o un sabor indescriptible, terrible, porque no era un resto de nada vivo. A eso olía la vieja también: a algo que no debía existir y sin embargo existía.

Ella me miró, de pronto, y me gritó.

A Celia le había gritado:

—¡SIGUES VIVA! —lo que mi esposa interpretaba, según me había dicho, como un aviso: que estaba destinada a salir ilesa pese a que el temblor destruyó buena parte de la zona donde vivía con su familia. Según ella, la vieja es algo parecido a la Llorona, al Niño del Diablo y a otros personajes de esas leyendas de antes, pero hace algo distinto: da advertencias. Dice profecías.

Y entonces, que yo la tuve enfrente, su cara era más horrible de lo que yo había imaginado, y su nariz estaba abierta como una herida roja, y no voy a decir, no quiero decir, a qué sonaba su voz.



* * *

—¡SIGUES VIVO! —me dijo a mí también.

Y ahora abrazo a Celia en la calle, pues salió al fin de su oficina, y están por dar las tres. Caminamos en busca de un modo de alejarnos del centro, y pasamos una vez más por donde estaba el cadáver, y ya no está, y yo no digo nada una vez más.

No sé si de verdad podemos tener avisos del futuro, si los merecemos, si llegan por alguna razón. Pero sé lo que vi. Y vi lo que vi.

Después de gritarle a Celia, la vieja se alejó de ella caminando para atrás, rapidísimo, sin ver jamás hacia dónde iba. Y después de gritarme a mí, también.

Un paso, otro paso, cada vez más deprisa. En segundos ya estaba en la esquina de Isabel y Tacuba. Luego siguió retrocediendo. Pronto no la vi más. No dio vuelta. Simplemente se metió en una sombra, la que proyectaba algún edificio, y ya no volvió a aparecer. Así había desaparecido, exactamente así, el día en que Celia la vio, poco antes del terremoto.



—Lo único malo —me ha dicho Celia— es que tengo que regresar a las diez porque no terminamos.

Yo esperé en La Blanca hasta que cerraron y me echaron. Luego caminé sin rumbo, como lo hago ahora con ella. El subterráneo ya está cerrado, igual que todos los locales, hasta el último antro y la última cantina. Los autobuses han dejado de pasar. No vemos taxis. Apenas tenemos dinero: la verdad es que realmente no nos alcanzaría para un cuarto de hotel. Los ladrones de ayer —no: de hace dos noches— ya nos habían puesto en este problema antes de que a Celia se le vinieran encima las horas extras, y antes de que apareciera la mujer que camina para atrás.

—Por acá no conocemos a nadie con quien se pueda llegar, ¿verdad? —me ha dicho Celia.

Nosotros vamos hacia delante, aunque no sepamos a dónde, y llegamos a un tramo de acera bien iluminado por luces de color naranja. Hay más de estos tramos cerca de las avenidas grandes.

—Perdón por hace rato —me ha dicho Celia, y yo le he pedido perdón también, y ahora ella me abraza. No le he contado lo que me pasó. No sé



si lo haré. Hace cada vez más frío. Y los dos estamos muy cansados. Tengo la esperanza de que podamos hallar algún sitio de esos que aún abren las veinticuatro horas, aunque sea para sentarnos y compartir una misma taza de café hasta que podamos tomar algún transporte. También tengo la esperanza de que Celia y yo estemos equivocados: de no haber visto más que a una loca, tal vez a alguien que me hizo pensar en la historia que acababa de oír, que perdió el juicio en el terremoto, o cuando le mataron a alguien, o que simplemente tuvo ganas de gritarme lo que me gritó.

—¡SIGUES VIVO! —con una voz como un trueno, con su boca negra bien abierta, y sin decirme qué más va a pasar, si los demás van a seguir vivos también.





Producción y edición: **Carolina Domínguez**

Grabación y edición: **Cristina Martínez José**
Estudio Universum, Museo de las Ciencias

Diseño: **Vicente Rojo Cama**

Formación: **Guadalupe Silva Sámano / La Pleca**



Alberto Chimal. *La mujer que camina para atrás y otras historias*, de la serie Voz Viva de México (VV-140) de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 22 de septiembre 2019, en Offset Santiago, S.A. de C.V., Parque Industrial Exportec, Toluca, Estado de México, se produjo en Grupo Grovercom, S. de R.L de C.V., Camino a San Mateo 114-A-205, Santiago Occipaco, Naucalpan, Estado de México.

Se tiraron 1 000 ejemplares en papel cultural de 90 grs. Se utilizaron en la composición tipos Garamond (10/14), Bodoni (7/9), Gill Sans (11/13 y 17/19), Frutiger (5/7). Impresión en offset.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Carolina Domínguez.